SUPLEMENTO DE VIAJES Y TURISMO DE PAGINA/12
DOMINGO 17 DE ABRIL DE 2005

Turismo 12

Efraín David

EL CAÑON DE LA AVENTURA

En el sur de Mendoza, turismo y deportes en excursiones combinadas por el Cañón del Atuel

POR KARINA MICHELETTO


Piedra, basalto y arenisca roja labrados en una de las arcadas de la misión.

MISIONES *Visita a las Ruinas de San Ignacio Miní*

La selva jesuítica

El predio de diez hectáreas que ocupa el enclave más importante de los jesuitas en Misiones está ubicado en pleno centro del pueblo de San Ignacio y forma parte de la vida cotidiana de sus actuales habitantes. Recientemente, parte de las ruinas fueron restauradas. Cerca de allí, entre el río Paraná y la selva, la casa de Horacio Quiroga.

Al sur de la provincia de Misiones, a 60 kilómetros de su capital, Posadas, permanecen en pie enormes construcciones de piedra, basalto y arenisca roja primorosamente labrados, que ofrecen al visitante una visión impactante. Se trata de las Ruinas Jesuíticas de San Ignacio Miní –denominación extendida popularmente pero errónea según los guías locales, para quienes no es correcto hablar de "ruinas"–, una de las principales atracciones de la provincia (detrás, por supuesto, de las mundialmente famosas cataratas).

EL SUEÑO DE LA COMPAÑÍA Ingresar al enorme predio que ocupan las reducciones es meterse en un túnel del tiempo en el que es posible reconstruir bastante nítidamente la vida cotidiana de aquel pueblo que soñaron los jesuitas y que sólo funcionó entre 1695 y 1767, cuando la Compañía fue expulsada del país. Las paredes anchísimas resisten allí como testimonio de un proyecto trunco, pero también de la vida y la muerte de miles de guaraníes en lo que por entonces era la República Jesuítica del Paraguay.

El predio de diez hectáreas que ocupan las reducciones está ubicado en pleno centro del pueblo de San Ignacio y forma parte de la vida cotidiana de sus habitantes. Las ruinas que se levantan en esta tierra colorada permiten reconstruir la original organización civil que fue levantada a principios del siglo XVII por la Orden de la Compañía de Jesús. En su época de mayor apogeo, en esta Misión llegaron a vivir unos 4000 indígenas, y su cercanía al río Paraná le permitió mantener un constante intercambio con las otras reducciones. Entre otras cosas, exportaban algodón, lino, tabaco y yerba mate, y criaban miles de cabezas de ganado. Lo primero que sorprende es la gigantesca puerta del templo, en la que desemboca la calle principal del pueblo jesuítico. La puerta de la sacristía y el refectorio de los padres se destacan por su belleza, así como las distintas decoraciones que se conservan, todas con motivos de la flora y fauna locales. Los pilares de la iglesia y las galerías adyacentes, escalinatas y balaustradas permanecen en un notable estado de conservación. A un costado de la iglesia se ubica el cementerio, tal como indicaba la tradición de la época. Hacia el otro lado, alrededor de la Plaza de Armas, están las casas de los indígenas, en filas ordenadas.

El trazado urbanístico era casi calcado en todas las misiones: una plaza de armas central, delimitada por los dos edificios más importantes: el cabildo y la iglesia. A su alrededor se levantaban las viviendas de los sacerdotes y aborígenes, los almacenes, los talleres, el colegio y los hospitales.

Declaradas Patrimonio Cultural de la Humanidad por la Unesco en 1984, parte de esta reducción fue restaurada recientemente. El año pasado terminó una primera etapa de las últimas restauraciones, realizadas por *anastaliosis*, una técnica que consiste en desarmar los muros numerando piedra por piedra para luego volverlos a armar. Lo que se restauró fue el portal lateral del templo, que antaño miraba hacia el patio de la residencia de los padres.

LUZ Y SONIDO En el lugar también hay un Centro de Interpretación Regional y el Museo Jesuítico de San Ignacio Miní, que conserva pequeñas tallas indígenas, vasijas, esculturas y otros objetos recuperados durante los trabajos de restauración. Durante la noche, un espectáculo de luz y sonido ofrece un relato didáctico de la experiencia de vida en las misiones desde sus inicios hasta la expulsión en 1767. Y, cada año, en Semana Santa, se organiza dentro de las ruinas un espectáculo musical que logra climas especiales en un escenario como éste. Por allí pasaron en ediciones anteriores Ariel Ramírez con su *Misa por la paz y la justicia*, Víctor Heredia, Chango Spasiuk, Jairo, la Camerata Bariloche, el padre Julián Zinni, Mariana Carrizo y Claudia Pirán, entre otros. Y este año estuvieron Lito Vitale Quinte-


La Plaza de Armas. Delimitada por las construcciones, aparece como un gran claro en la selva.


Las galerías, escalinatas y balaustradas permanecen en un notable estado de conservación.

to, el grupo vocal Opus Cuatro, la Orquesta Folklórica de Misiones, el Ballet de la provincia y el Coro de la Universidad Nacional de Misiones, dirigido por Emilio Rocholl, investigador de la música jesuítica, que protagonizó un momento especial: interpretó un tema misional anónimo, el mismo que cantaban miles de indígenas en esta reducción trescientos años atrás, en una noche de Jueves Santo.


Los gruesos muros e imponentes portales de las ruinas expresan la magnitud del proyecto jesuítico.

LAS OTRAS RUINAS Las de San Ignacio son las ruinas más importantes de todos los enclaves jesuíticos, y las únicas en las que se hicieron trabajos de restauración. Pero no son las únicas que existen. La llamada Provincia Jesuítica del Paraguay estaba formada por treinta pueblos que llegaron a un nivel social y tecnológico elevado, y que abarcaban territorios que hoy pertenecen a Brasil, la Argentina, Uruguay y Paraguay. Además de existir un Circuito Internacional de las Misiones Jesuíticas, dentro de Misiones hay otras reducciones que merecen ser visitadas: Santa Ana, Santa María y Loreto.

Las Ruinas de la Reducción de Santa Ana se encuentran ubicadas en la localidad del mismo nombre, a 700 metros por la Ruta Nacional Nº 12 y a 40 kilómetros de Posadas. La primera Reducción de Santa Ana fue fundada en 1633 en el actual territorio de Río Grande (Brasil). Como consecuencia de los ataques permanentes de los bandeirantes, en 1637 dos religiosos decidieron emigrar de la primitiva reducción, junto con 2000 guaraníes. Después de pasar unos años en el Alto Paraná, sus pobladores se afincaron definitivamente en el actual emplazamiento, en 1660. A pesar del avance de la selva, actualmente se pueden apreciar la plaza central, la iglesia, las viviendas, los talleres y el cementerio, que muchos años después siguió siendo utilizado por los primeros pobladores de la localidad de Santa Ana. También se observa lo que fue la estructura productiva de esta reducción: sus aguadas, solares, huerto y sistema de riego escalonado. Estas ruinas fueron declaradas Patrimonio Mundial por la Unesco en 1984.

Las Ruinas de la Misión de Santa María La Mayor están en la Colonia Santa María, Departamento de Concepción. Se accede a ellas a través de la Ruta Provincial 2, desde San Javier, recorriendo 150 kilómetros desde Posadas. Fundado en 1636, éste fue uno de los núcleos más pequeños de la República Jesuítica, y estaba en plena etapa de consolidación cuando sobrevino la expulsión de los jesuitas en 1767. Permanecen en pie los muros de la residencia de los religiosos, los talleres artesanales y el colegio. La existencia de una secuencia de plazas y plazoletas es una particularidad única en relación con el modelo urbano del resto de las reducciones.

Las Ruinas de la Misión de Nuestra Señora de Loreto están ubicadas en la localidad de Loreto, a dos kilómetros de la Ruta Nacional 12 y unos 50 de Posadas. Este pueblo jesuítico, fundado en 1686, era uno de los más importantes por su gran producción de lienzos y yerba mate, y por haber contado con la primera imprenta de la época, donde se editaron los primeros libros en el actual territorio argentino, muchos en lengua guaraní. Aquí había también una importante biblioteca. Por los saqueos e incendios que se sucedieron luego de la expulsión de los jesuitas, y por el avance de la selva, en la actualidad queda poco testimonio de esta reducción, también declarada Patrimonio Mundial por la Unesco ✷

LA CASA DE HORACIO QUIROGA

Muy cerca de las ruinas, siguiendo un sinuoso camino de ripio rodeado por una vegetación exuberante, se encuentra el lugar que Horacio Quiroga eligió para vivir y para escribir, en una barranca sobre el Paraná, frente a un paisaje que parece la síntesis de la furia y la belleza de la selva que supo traducir en sus cuentos. El escritor se había fascinado con el lugar en 1903, cuando viajó como fotógrafo de una expedición dirigida por Leopoldo Lugones a las ruinas jesuíticas. Seis años más tarde, Quiroga se radicó en San Ignacio, entre el Paraná y la selva, en medio de una naturaleza tan bella como amenazante, junto a su primera mujer. Desde allí escribió a todos sus amigos tratando de convencerlos de que debían ir a vivir a ese lugar, su versión personal del Paraíso. Allí tuvo también a sus dos hijos, y allí se suicidó su primera esposa. Quiroga se quedó en San Ignacio hasta 1916, y volvió en 1931, hasta que en 1937 se alejó definitivamente de este paisaje que amaba, y se suicidó con cianuro.

Actualmente las paredes de la casa que levantó Quiroga permanecen intactas, con algunos muebles originales, y también se exhiben las variadas herramientas que utilizó. En el lugar hay otra casa, construida para el rodaje de la película y la miniserie sobre el escritor (en el que Víctor Laplace se puso en la piel de Quiroga), y está marcado lo que, aseguran, fue su “lugar de inspiración”. La visita a la que fue su casa permite acercarse a aquel mundo fascinante de Quiroga, el mismo que retrató en libros como *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, escritos desde adentro de aquel paisaje.



Cañón del Atuel. En el centro de un embalse aparece la extraña formación de piedra conocida como El Submarino.

Sandra Cartasso



Rafting en el Atuel. El río está catalogado como nivel II de dificultad.

MENDOZA *Excursiones desde San Rafael*

Aventuras en el Cañón del Atuel

POR JULIÁN VARSAVSKY

San Rafael es el punto de partida para el turismo de aventuras por el espectacular Cañón del Atuel. Ubicada en el sur de la provincia, la ciudad también invita a paseos y excursiones por los paisajes cordilleranos. Además de trekking, rappel y rafting, una visita a la serenidad del Valle de los Reyunos y su espejo de agua encerrado entre montañas.

Al viajar hacia San Rafael por la Ruta Nacional 144, se abre a cada costado un llano paisaje estepario –de pastos ralos y arbustos achaparrados–, con un fondo de altas cumbres nevadas y un cielo diáfano. El reseco viento mendocino mece las hileras de álamos amarillentos que protegen los viñedos de las ráfagas invernales y aparecen ya las primeras casas campestres de las afueras de la ciudad recubiertas con adobe. Cuando se llega a San Rafael, después de cruzar el puente sobre el río Diamante, desconcierta la aparición de unos viñedos que no encajan con los cánones de una ciudad de cemento de este siglo. Aunque con 160 mil habitantes es la segunda en importancia de la provincia, San Rafael no ha perdido su perfume pueblerino, sus calles arboladas con álamos y sauces, ni sus acequias con agua de deshielo junto a la vereda.

POR EL CAÑON DEL ATUEL A media hora de auto desde San Rafael por la ruta 173 comienza el circuito que recorre el famoso Cañón del Atuel (requiere un día completo). Al principio el terreno es muy llano y la vegetación, mediana. Más adelante se cruza un bosque de sauces, mientras al costado de la ruta baja el río Atuel. La travesía sigue por un camino sinuoso entre paredes de roca hacia unas montañas rojizas por el hierro oxidado, donde nace el cañón. Al atravesarse un túnel sin revocar que traspasa la montaña, aparece con el brillo de un flash de color verde el embalse Valle Grande, un espejo de agua esmeralda donde se practica buceo, remo y esquí acuático, rodeado de hoteles, cabañas y campings que ofrecen servicios de turismo de aventura.

El itinerario hacia el dique El Nihuil continúa por un camino de tierra, cruzado de tanto en tanto por algunos arroyos que brotan de manantiales entre las rocas. La roja aridez del terreno se acentúa y contrasta con la blancura del cerro Nevado que alumbra el valle desde la lejanía. Pero también hay montañas con el tinte amarillo del azufre, el blanco de origen volcánico, el rosado de la arcilla y el verde del cobre oxidado; todo en diversas vetas y segmentos entremezclados. Sobre las laderas se ven algunos cactus gruesos como una pierna, pero que miden escasos veinte centímetros de altura. Desde lo alto del gran cañón, el río se ve como un fino hilo de agua entre las rocas que, sin embargo, ha ido erosionando la montaña a lo largo de millones de años.

Al llegar al Museo de Cera –entre descomunales rocas derrumbadas– aparecen esculturas naturales de piedra rosadas, verdes y grises, talladas por la mano escrupulosa del tiempo y la fuerza del viento. Hay quienes divisan el sillón de Rivadavia, una procesión de nazarenos andaluces bajando por la montaña con sus cónicos capirotes, elefantes y jardines colgantes. En el camino aparecen gigantescas paredes de roca al desnudo totalmente lisas, que compiten en perfección con los muros de los diversos embalses de la zona.

El camino de cornisa se va estrechando cada vez más mientras asciende hacia el techo de la meseta por una pared del cañón. Tras una sinuosa cuesta aparece la serena inmensidad del lago formado por el dique El Nihuil (9600 hectáreas de extensión). Allí, los fines de semana las aguas se adornan con el colorido de centenares de velas de windsurf que se deslizan silenciosamente sobre la superficie.

AVENTURAS COMBINADAS San Rafael se ha convertido en los últimos años en una suerte de Meca para los amantes del turismo de aventura. El centro de operaciones está en la zona de Valle Grande, a pocos kilómetros de la ciudad y a las puertas del famoso cañón que recorre el río Atuel. Una de las actividades más populares es un trekking

>>>

Sandra Cartasso



Las escarpardas paredes de roca del cañón son ideales para bajarlas haciendo rappel.

UN APART-HOTEL EN LA MONTAÑA

A la Villa Los Reyunos se llega a través de un empinado camino de piedra que caracolea entre descomunales montañas rojizas que parecen cortadas al medio por un certero hachazo. Tras una curva se descubre al fondo del estrecho valle un gran espejo de agua encerrado por altísimas montañas. El lago parece ocupar el centro de un anfiteatro natural y en sus "gradas" hay casas de fin de semana y un apart-hotel camuflados entre los pinos y los eucaliptos. Ubicada a sólo 35 kilómetros de San Rafael, la sensación es la de estar aislados del mundo, disfrutando de un silencioso microclima con algo de paisaje suizo.

El Apart-Hotel Los Reyunos ofrece la posibilidad de pasar unas vacaciones confortables en medio de la naturaleza y disfrutando de la tranquilidad de la montaña. El lago se utiliza para toda clase de deportes náuticos como esquí, wake-board, remo y pesca. Además hay canchas de voley, paddle, tenis y fútbol. Los departamentos, ubicados justo frente al lago, están equipados con heladera, vajilla y cocina. Uno con dos cuartos separados y capacidad para cinco personas cuesta $ 100 por día. El departamento para dos personas cuesta $ 80 y para seis personas $ 120. Reservas: 02627426010, e-mail: *info@losreyunos.net*, Sitio web: *www.losreyunossr.com.ar*

Sandra Cartasso



Casco, patas de rana y un pequeño gomón es todo lo que se necesita para practicar "cool-river".

DATOS UTILES

Excursiones. La mayoría de las actividades en Valle Grande se realizan desde el kilómetro 35 de la ruta 173, junto al puente que cruza el río Atuel. Raffeish, una operadora de turismo de aventura, organiza trekkings, barranquismo y bajadas de rafting, doky y cool river. Tel.: 02627-436996 e-mail: *raffeish@infovia.com.ar*

<<<

(con guía) que combina varias especialidades en una sola excursión. Esta modalidad aventurera que consiste en recorrer cañones se la conoce en Europa como "barranquismo" o "cañoning", y está captando numerosos adeptos en nuestro país. La excursión se inicia a bordo de una camioneta que lleva a los viajeros hasta el lago Cochicó (susurro de ave en lengua indígena), rodeado por altas montañas que nacen al borde del agua. Allí se sube a un catamarán que se interna por un cañón con escarpadas paredes de piedra que se va angostando a medida que se avanza. El cañón se ha estrechado hasta medir 3,5 metros de ancho y el catamarán debe maniobrar lentamente, mientras roza los dos muros de granito de 70 metros de alto que se levantan a los costados. Luego comienza el trekking alrededor de una pequeña hoyada con agua –rodeada de arena– caminando por una empinada senda que se desmorona a cada paso. Al llegar a una pendiente rocosa, el guía la escala y engancha una soga para facilitar el ascenso del grupo.

La excursión continúa por un estrecho cañón –entre paredes de granito y basalto– caminando con los pies dentro del agua color té de un arroyo. Al llegar a una garganta con una cascada de 7 metros de altura, hay que descender por una pared vertical colgados de una soga haciendo rappel, con el arnés bien ajustado.

EN LOS RAPIDOS DEL ATUEL La gran atracción de San Rafael para los aventureros son los vertiginosos deportes acuáticos en el río Atuel. El río está catalogado como nivel II de dificultad, apto para cualquier persona mayor de cuatro años que sepa nadar. La modalidad más común es el rafting, pero los más audaces se inclinarán por el doky, un gomón inflable para sólo dos remadores (un experto conduce desde el puesto trasero), que puede llegar a darse vuelta con cierta facilidad. Esto no debe preocupar a nadie, ya que se navega por aguas poco profundas y se usa casco y chaleco salvavidas, mientras una camioneta de seguridad –con sogas para lanzar al agua ante cualquier inconveniente– sigue al gomón desde la ruta que corre junto al río. Por último, está la opción del "cool-river", un simple gomón redondo en el que una sola persona se acuesta boca abajo –con casco y patas de rana– y se lanza al agua de cara a los rápidos, que estallan a centímetros de la nariz (a pesar de lo que parezca, esta modalidad carece de mayores riesgos y se navega con un instructor cerca).



Los Reyunos. La placidez de un gran espejo de agua entre altas montañas.

PASEO AL SIGLO XIX Un segundo circuito de 176 kilómetros comienza con la visita a la Villa 25 de Mayo. A 15 minutos de San Rafael por la ruta provincial 150, se llega a la Villa 25 de Mayo, un caserío de adobe del siglo XIX con calles de tierra jalonadas por altísimos y centenarios carolinos deshojados que se van cayendo a la par de algunas casas. La Villa 25 de Mayo surgió a principios del 1800 en torno del Fuerte de San Rafael, que se construyó frente a una loma por donde solían aparecer los malones. Unos muros de piedra –lo único que se ha conservado del fuerte– permiten deducir la estructura original.

El ambiente diáfano de la ribera del río Diamante, sumado a la majestuosa decadencia de las casonas con una carreta adornando el frente y hornos de adobe en el jardín, sugieren un aura melancólica de tiempo ido. La tentación de entrar a una de esas casas con viejos ladrillos, una chimenea y una huerta al fondo obliga a la indiscreción. Pero siempre aparece alguno de sus moradores invitando a los turistas a conocerlas por dentro. En las habitaciones, patios y galerías cantan los pájaros y el tiempo cobra cuerpo real en las paredes y los cielorrasos carcomidos

FE DE ERRATAS

En la edición del domingo 10/4 del suplemento Parques Nacionales donde dice:
3 Lagos 7 Parques,
debe decir
3 Parques 7 Lagos.

TEXTO Y FOTOS
DE GRACIELA CUTULI

DATOS UTILES

■ Pehuen-Co está situado 75 kilómetros al oeste de Bahía Blanca, su principal ciudad de referencia. También está cerca de Monte Hermoso, aunque la ruta obliga a un largo desvío para ir de un balneario a otro en automóvil.
■ Casa de la Provincia de Buenos Aires: Callao 237, Capital Federal. Tel.: 011-4371-7045/47.
■ Dirección de Turismo de Coronel Rosales: Alberdi 478, Punta Alta. Tel.: 02932-421595. Fax: 02932-430020.
■ Delegación Municipal Pehuen-Co: Avenida San Martín y Calle 4. Tel.: 02921-497080.
■ Visitas guiadas al sector de huellas: $ 5 por persona ($ 10 por persona si es en auto). Informes en la Sala Ameghino, Delegación Municipal de Pehuen-Co.


Detrás de una frágil barrera de contención, los turistas observan las huellas.

COSTA BONAERENSE *Un sitio paleontológico*

La prehistoria de Pehuen-Co

A primera vista, es un balneario donde el bosque y el mar conviven armoniosamente. En una segunda mirada, se puede descubrir que esta localidad cercana a Bahía Blanca atesora uno de los yacimientos paleontológicos más importantes de la Argentina.

Pehuen-Co es uno de los balnearios más lindos, y también más íntimos, de la costa argentina. A pocos kilómetros de Bahía Blanca, donde termina la "panza" de la provincia de Buenos Aires, el viento hace ondular las altas copas de su bosque, extendido junto a una ancha playa de arena que por la mañana temprano y después del atardecer recobra toda su soledad, sin más sonidos que el mar y los pájaros, y sin más gente que los paseantes ocasionales que dejan sus últimas huellas en la arena. Aquí, entre calles de arena y curiosidades como la "casa barco" –una rara construcción que imita exactamente la estructura de un buque–, veranean sobre todo habitantes de la Patagonia y gente de los pueblos agrícolas del interior de la provincia, que sostienen un ritmo turístico constante a lo largo de todos los fines de semana del año. Sin embargo, Pehuen-Co tiene un interés que excede ampliamente sus encantos como balneario: aquí se encuentra un increíble yacimiento de huellas fósiles que hace de esta porción de costa una ventana casi transparente al más remoto pasado de nuestras tierras. Y como tantas otras veces, el descubrimiento fue fruto de una casualidad.

MILES DE AÑOS ATRAS...

En Pehuen-Co, el tiempo se mide en mucho más que siglos: hay que contarlo por milenios si se quiere reconstruir el tiempo en que esta porción de costa era una llanura cubierta de arbustos y pastos, envuelta en un clima frío y seco. Estamos en el Pleistoceno, hace unos 12 mil años. El mar no llegaba hasta la línea actual sino que se encontraba retirado varios kilómetros. Cerca de la costa, la lluvia formaba lagunas donde se concentraban los animales. Las siluetas mayores eran de los megaterios, gliptodontes y macraukenias, los ejemplares más grandes de fauna prehistórica en esta parte de la Argentina. Junto a ellos toman agua patos, flamencos, guanacos... la aparente frescura de las huellas que quedaron grabadas en el barro, un día cualquiera, hace que cueste creer que entre aquella escena cotidiana del pasado y el turista de hoy medien al menos doce milenios. Los cambios climáticos hicieron mermar las lluvias, y con la ausencia de precipitaciones las lagunas fueron disminuyendo hasta convertirse en barriales: en esos mismos barriales se fueron secando las últimas huellas, hasta que en su eterno vaivén el mar las cubrió a los ojos indiscretos.

Tendría que pasar mucho, muchísimo tiempo, para que en un paseo por la playa la Dra. Teresa Manera de Bianco, paleontóloga de la Universidad del Sur, las descubriera después de una fuerte tormenta. Era el año 1986. La sudestada había dejado una gran porción de playa al descubierto, y en esa porción de terreno extremadamente frágil estaba impresa una vívida escena del pasado. La misma que fue reconstruida en el pequeño Museo Ameghino de Pehuen-Co (una dependencia del Museo Darwin de Punta Alta), donde se ve a los megaterios y gliptodontes, junto a los guanacos, tal como debieron haber sido cuando dejaron sus huellas impresas para siempre. O casi, porque el yacimiento –que tiene unos tres kilómetros de extensión– es de una fragilidad extrema.


La Dra. Teresa Manera de Bianco, descubridora de las huellas prehistóricas de Pehuen-Co.

SALVEMOS LAS HUELLAS

Desde el descubrimiento –que se fue dando con el tiempo, ya que nuevos sectores iban apareciendo de a poco, según el movimiento del mar–, la Dra. Manera concentró sus esfuerzos en salvar las huellas de la erosión a las que la somete el mar. En pocas palabras, hoy explica el valor de este afloramiento: "El yacimiento de huellas fósiles de Pehuen-Co está constituido por capas de limo arcilloso que asoman entre la arena de la playa a lo largo de más de tres kilómetros de costa. Estas rocas presentan numerosas huellas de diferentes tipos de aves y mamíferos que vivieron en la región hace unos 12 mil años. Su importancia paleontológica radica en la calidad y cantidad de las huellas presentes, muchas de ellas pertenecientes a grandes mamíferos extinguidos. Además, muchos de ellos habitaron exclusivamente en América del Sur, por lo que Pehuen-Co constituye un yacimiento único en su tipo". El gran objetivo de la Dra. Manera, después de haber logrado el año pasado un importante reconocimiento internacional por su ingente labor de preservación, consiste en crear una reserva que permita a la vez visitar y proteger las huellas: hoy en día, los estudiantes de la Universidad del Sur que funcionan como guardianes voluntarios del lugar no tienen mayores recursos para detener eventuales abusos, como los de quienes caminan sobre las huellas o transitan por la playa con vehículos que pueden destruir fácilmente estos fragmentos, impresos en un terreno tan frágil que se desmenuza con sólo tocarlo. Al mismo tiempo, se intenta sacar impresiones de las huellas en materiales duraderos, para que, si la naturaleza cumple su obra inexorable, al menos quede para el futuro un testimonio sobre la riqueza de este yacimiento.

Mientras tanto, los visitantes pueden acercarse al yacimiento gracias a los guías, que responden a todas las dudas y curiosidades, y explican cómo cuidar el terreno costero donde están impresas las huellas. Como las visitas guiadas –en auto o a pie– salen desde la Delegación Municipal, donde funciona una pequeña sala-museo de Ciencias Naturales, antes de empezar o al regresar vale la pena recorrerla e interiorizarse un poco más sobre este lugar, cercano en la geografía, pero tan distante en el tiempo ✷


Las farolas iluminan el atardecer en Viena. Y las tortas vienesas, todo el placer de la autora de la nota.

DIARIO DE VIAJE *En la capital de Austria*

Dulce Viena

Crónica de una periodista inglesa sobre su viaje a Viena. La suntuosa arquitectura, el arte y la música de la magnífica capital de Austria en un recorrido donde la admiración por los sitios visitados sólo es superada por el placer de sentarse en los cafés y descubrir la exquisita dulzura de una nueva pasión: la repostería vienesa.

POR CHRISTINA PATTERSON *

Si alguna vez tuviera que elegir un tema especial para manipular magistralmente, creo que me inclinaría por las tortas vienesas. Es un interés bastante reciente, menos de dos semanas para ser precisos, pero es uno que me puedo imaginar siguiendo con pasión durante bastante tiempo. Fue amor al primer bocado: una suculenta torta de trufas en el café Gerstner en el Darntnerstrasse. Estábamos con frío y cansadas. Yo me sentía un poco extraña y aturdida después de una partida antes de la madrugada hacia el subterráneo a Heathrow, y acababa de trepar todos los 343 escalones de la catedral gótica de San Esteban donde se casó Mozart. Desde lo alto, se pueden ver las glorias de Viena a los pies. Todo es muy lindo, pero no lo suficiente para justificar el mortal ascenso y vertiginoso descenso, que se empieza a parecer a Hades cruzado con los círculos infernales de Dante. Cuando me reuní con mi madre en la tienda de souvenirs, estaba temblando y nauseosa. Ella estaba bien, pero claro, había tomado el ascensor.

No estaba, por supuesto, demasiado nauseosa como para no comer torta. Ambas nos asombramos ante la titilante colección de tortas expuestas detrás del vidrio y suspiramos profundamente detrás del mostrador y sopesábamos las opciones. Trufeeltorte (torta de trufas) para mí, anuncié, y una espléndida linzertorte para mi madre. Y luego el café. Por lo menos diez opciones diferentes, la mayoría con crema chantilly. Después de un sorbo, aún antes de hundir mi tenedor en la porción de esa dulce oscuridad, supe que había encontrado mi hogar espiritual. "Gruss Gott" dijo la camarera, un tradicional saludo austríaco que literalmente significa "saluda a Dios". Yo estaba dispuesta a inclinarme y adorarlo. Fue quizás adecuado que estuviéramos parando en esa cuna de civilización de torta, el Hotel Sacher. Eso es Sacher, como en sachertorte, una estupenda mezcla de chocolate esponjoso cubierto con dulce de damascos y una voluptuosa capa de glacé suave como satín. Aparentemente fue inventado por Franz Sacher en 1832, como respuesta a un pedido real de un budín elegante. Su hijo, Eduard Sacher, abrió el hotel en 1876 como un refugio para la nobleza y, enfrentémoslo, para los ricos. Tratamos de no parecer desconcertadas cuando nos condujeron a nuestra espléndida suite pero gritamos de deleite cuando nos hundimos en los sofás. Descubrimos que había menús con los chocolates sobre las almohadas. Esto es, menús para las almohadas. Había almohadas bajas, sintéticas, de plumas, de lana, rollos para el cuello. Era como el café nuevamente.

Era como el desayuno, también. "Continental" sonaba un poco decepcionante, pensé, hasta que vi los canastos de pequeñas, perfectas paticerías, cinco clases de muesli, seis clases de panes, los enormes bols de frutas, los jugos, el queso, la carne, el salmón y el champagne. Y la Sachertorte, por supuesto. ¿Quién podría querer comer torta de chocolate para el desayuno? Bueno, yo para empezar. "¿Cómo logras mantenerte tan delgada?" –le pregunté a Katharina, nuestra guía, cuya inminente llegada al foyer del hotel fue lo que finalmente me arrancó de la mesa de desayuno–. Pareció un tanto desconcertada. "Bueno, los vieneses no comen tantas tortas", dijo. "Es mayormente para los turistas." Y añadió amablemente, "o quizás para las señoras mayores".

Estaba nevando cuando partimos para el Palacio Hofburgo, esa extraordinaria colección de grandes edificios que domina Viena y que conformaba el hogar de los Habsburgo. Primero fuimos a la Escuela de Equitación de Invierno. Durante un instante loco, pensé que los carteles de "ejercicio matinal" estaban publicitando alguna manera de mantenerse en forma para aquellos vieneses que a diferencia de Katharina iban a los cafés a comer tortas. Por supuesto no era así. En los meses de invierno, cuando los padrillos Lipizzaner se toman su descanso sabático anual de sus danzas y vestimentas coreografiadas, hacen música y movimiento en cambio. A los acordes de Mozart o de Haendel, se mueven suavemente alrededor del enorme hall con candelabros, guiados por sus jinetes con tricornios. Era surrealista pero encantador. Lo siguiente fue el Silberkammer, las galería de platería y porcelana. Estos ejemplos de un estilo de vida increíblemente espléndido resultó sorprendentemente interesante. Los cubiertos de plata todavía son, aparentemente, sacados de sus gabinetes de vidrio para cenas presidenciales. Se pueden ver los vasos de vino azules y verdes, coloreados para ocultar lo opaco del rheinwein que contenían, la porcelana de Marie Antoinette y una habitación llena de enormes candelabros dorados y plateados, ubicados estratégicamente para asegurarse que los invitados no quebraran la estricta etiqueta y no llevaran a cabo conversaciones a través de la mesa. Algunas piezas de la colección pertenecieron a Sissi, la muy amada emperatriz Elizabeth que se casó con Francisco José en 1853, fue asesinada en 1897 y es considerada generalmente como la princesa Diana de Austria. En el museo dedicado a ella, se pueden ver las botellas para su rutina de belleza, algunos de sus trajes, sus balanzas y hasta la prensa usada para extraer el jugo de ternera crudo que tomaba diariamente. En sus departamentos privados se puede ver más evidencia de su obsesión por su apariencia: la cama de una plaza, sin almohadas que induzcan a un doble mentón, los complicados arreglos para el baño y el gimnasio de madera. (...)

Saliendo del Hofburgo, caminamos por las nevadas calles a la principal área de compras, y paramos en Demel, la pastelería más conocida de Viena. Le pregunté a Katharina si la podíamos invitar con un café y alguna cosita. No teníamos tiempo, me respondió alegremente. Yo todavía estoy perseguida por la idea de que el rey de las tortas, o quizás el ideal platónico de pastelería, pudiera estar escondido ahí, detrás del vidrio.

(...)

Decidimos dedicar la tarde al arte y fuimos al Museumsquartier, una asombrosa mezcla arquitectónica de lo antiguo y lo nuevo. El enorme edificio barroco, que en otra época fue el hogar de los caballos de los emperadores, fue convertido en un centro de exhibiciones en 1918. Después de un programa total de construcción y renovación, reabrió en 2001 como un gigante complejo cultural, que incluye el Centro Arquitectónico y el Museo de Arte Moderno. En el Museo Leopold vimos las maravillosas colecciones de Klimt y Schiele y en el Museo Kunsthistorisches vimos los Rafael, Rubens y Bruegel. También nos detuvimos en el magnífico café de mármol y dorado. Bajo su gran cúpula, tomamos una copa de gruner veltliner (un vino vienés joven) con un sandwich abierto y luego café y gerstnertorte, una variación de la torta de trufas de Gerstner que se jacta de tener no menos de seis capas. Yo me empecé a sentir como una mujer de Rubens.

Continuamos con el arte –hay suficiente en ese único edificio como para seguir durante semanas–, y después de un trago reparador en el Bar Blau del Sacher, llegó el momento de disfrutar de otra especialidad vienesa, la música. En una pequeña, antigua bóveda de la Sala Terrena, en la cripta de la casa en la que Mozart vivió y trabajó brevemente, escuchamos el Ensemble Mozart. El joven cuarteto, vestidos como en el siglo XVIII, tocaron música del maestro austríaco, así como de Hayden, Dvorak y Mendelssohn. Sí, era turístico pero también encantador.

Una buena noche durmiendo en nuestra suntuosa suite, y un espectacular desayuno Sacher, nos dispuso para nuestro último día. En el departamento de Freud espiamos las fotos, cartas y películas de salidas familiares y también los departamentos de la cuadra llenos de esvásticas. Volviendo al centro, paramos en su lugar favorito, el Café Landtmann, para tomar café y maroniblute, una mezcla de castaña que parece una nube. Llámenlo fijación oral si quieren, pero yo lo llamo el cielo.

Después de un viaje al precioso Belvedere –un palacio barroco que contiene ahora una fabulosa colección de arte moderno austríaco, incluyendo obras de Kokoschka y Schiele así como *El Beso* de Klimt– y a la Haus der Musik, que incluye una exhibición interactiva de alta tecnología sobre sonido así como mini museos de Mozart, Beethoven, Mahler y Strauss, estábamos listas para nuestra gran salida nocturna. Esta vez el viaje era cruzando la calle, la Staatsoper, para ver *Norma* de Bellini. Esperaba una producción completa, de manera que me sorprendí cuando vi a hombres de smoking cantando (según los subtítulos) cosas como: "Druidas, la luna se alzó". Pero la música era realmente magnífica, una verdadera fiesta para los oídos, si no para los ojos.

En nuestra última mañana en Viena, fuimos a una misa en Augustinerkirche. Cuando la música dio lugar a un largo sermón en alemán, nos escapamos. En cambio, corrimos a la exhibición de Chagall en el Museo Albertina, marchamos por el viento helado hacia el templo de Art Nouveau, el edificio de Secesión, y luego de regreso al Augustenkeller, la cálida taberna de vinos debajo de la Albertina para una última copa de riesling y una sopa goulash. Y luego partimos. Era el adiós al Sacher, adiós al lujo, adiós a la ciudad capital que realmente vive de acuerdo con el mito de su exquisita elegancia. Esta mañana, en el correo, había un sobre del Hotel Sacher. Era una carta del encantador gerente agradeciéndonos por nuestra estadía. Grité de risa.

En cualquier momento, Herr Heilmann, en cualquier momento

* *De* The Independent *de Gran Bretaña. Especial para* **Página/12.**

Traducción: Celita Doyhambéhère.